

Las nuevas democracias mediterráneas y la perspectiva latinoamericana

SHLOMO BEN-AMI *

EL evidente ascenso del mundo hispánico durante la pasada generación, y la transición a la democracia de importantes sociedades mediterráneas en años recientes, son manifestaciones de la prometedora aparición de centros periféricos de poder y progreso.

El retorno de la democracia a la cuenca mediterránea, ocurrido en momentos de profunda crisis económica y de recesión, parece suministrar una inaplazable justificación a la creencia en la pertinencia de este sistema de gobierno. Que este mensaje tan prometededor haya surgido de lo que Occidente sigue aún considerando, no sin un componente de arrogancia, como el sur «atrasado» y «cívicamente inculto», no hace más que añadir fascinación al fenómeno. Más aún: visitados por ominosos recuerdos históricos de guerras civiles y dictaduras represivas, así como preconcepciones culturales y geográficas, muchos de los comentaristas de esta transición a la democracia de los tres países más meridionales de Europa han cargado las tintas en la dramatización de los hechos.

Los antropólogos como Julián Pitt-Rivers, y algunos observadores sagaces como el extraordinario Gerald Brenan, entre otros muchos, han agregado al «concepto» importantes elementos de mentalidad común. Las que en ocasiones se han denominado «sociedades mediterráneas de la vergüenza», han sido con mucha frecuencia caracterizadas en términos de fuertes sentimientos religiosos y bandolerismo social endémico; se las ha descrito como tendentes en exceso hacia el personalismo y el individualismo extremos. La fuerte identidad del clan y la familia se ha calificado muchas veces con lo que los antropólogos llaman «familiaridad amoral» —un sustituto válido para los Estados débiles y los sistemas de justicia ineficaces—, se ha afirmado que los lazos sociales e incluso políticos están condicionados por una cultura clientelista innata.

Hay que reconocer que algunas de estas observaciones pecan de una percepción más bien romántica del cálido sur, y son, en todo caso, inaplicables a todos los momentos históricos y a todos los países a que hacen referencia en el mismo grado y, lo que es aún más importante, no son igualmente pertinentes para todas y cada una de las diversas regiones que éstos abarcan; los casos de la Cataluña y el País Vasco industriales en España, y del «europeo» norte de Italia son especialmente reveladores de este hecho. Lo que, en efecto, ponen de manifiesto es que, como en «Europa», la

* Tánger (Marruecos) 1943. En 1955 emigró a Israel. Catedrático de Historia de la Universidad de Tel Aviv.

industrialización no se inició nunca como una explosión de energía popular de envergadura nacional y generalizada, sino que estuvo confinada a determinadas zonas regionales y clases sociales. Pero tampoco los beneficios de la modernidad estuvieron distribuidos por igual en el norte industrial. Algunos movimientos nacionalistas de Europa occidental —por ejemplo los de Escocia y Bretaña— son tanto reflejo de su malestar ante el atraso de la etapa socio-económica de desarrollo en que se encuentran, como de sueños y aspiraciones nacionalistas.

Las dictaduras de entre-guerras de la Europa meridional fueron producto de la incapacidad para digerir los cambios socio-económicos y sus imperativos democráticos. Las democracias de los años setenta fueron resultado de un encuentro más afortunado de las sociedades mediterráneas con la modernidad. Pero, una vez más, la restauración de la democracia en dicha década no puede ser atribuible a un similar grado de modernización en todos los países que examinamos. Las disparidades en el nivel de desarrollo social y económico detectadas en los años treinta entre España por una parte, y Portugal y Grecia por la otra, se mantuvieron hasta los años setenta. El que las dictaduras griega y portuguesa —a diferencia de su equivalente español, pero al igual que la Junta argentina— dejaran paso a un proceso democrático, se debió más a las tensiones generadas por el fracaso de aventuras militares en el exterior, que al impacto de un proceso imparable de cambio económico y social, como fue el caso de España. Si observamos la transición española, podría argumentarse de modo axiomático que la causa de la democracia se benefició claramente de la nueva prosperidad y la notable desarcaización de la estructura social española durante el milagro económico franquista. Pero ello no permite afirmar que el desarrollo socio-económico sea siempre una condición suficiente o indispensable para la democracia. En el caso de la España de Franco es patente que los procesos de modernización política han ido a la zaga de los de cambio social y económico. Posiblemente, la muerte de Franco y la posterior transición a la democracia fueran decisivas para evitar secuelas revolucionarias. La democracia fue en España, en efecto, la sincronización de las instituciones políticas con la realidad socio-económica avanzada. Pero, como demuestra el caso portugués, una arcaica estructura socio-económica no necesariamente elimina la posibilidad de una transición a la democracia; en los años setenta, Portugal era un país atrasado, un enclave tercermundista en Europa occidental. Es, por consiguiente, difícil aceptar la opinión de algunos constructores de modelos, según la cual la transición a la democracia exige un nivel determinado de desarrollo económico, educación, urbanización, etc. No todas las democracias que conocemos nacieron de un sistema de clases abierto y móvil, de una economía plenamente capitalista, y de una generalizada participación en asociaciones voluntarias. Los factores decisivos en la quiebra de las dictaduras griega y portuguesa fueron externos: el derrumbamiento de la estrategia colonial de Portugal en África, y la debacle de Chipre, en julio de 1974, que resultó ser el catalizador de la disolución del régimen autoritario de los coroneles en Grecia, y la

**FELIZ
ENCUENTRO
CON LA
MODERNIDAD**

**ATMÓSFERA
DEMOCRÁTICA
EUROPEA**

transferencia del poder a los civiles. Es posible que la guerra como tal no sea un lujo que no puedan permitirse los regímenes autoritarios; pero la historia ha demostrado, no obstante, que muy pocas veces sobreviven a las derrotas. En el caso de Portugal, la rigidez de la dictadura de Salazar había eliminado todo potencial acceso de los civiles al poder político: el ejército —curiosamente, profundamente influido por la ideología de los movimientos de liberación africanos contra los que había tenido que luchar— se convirtió, por tanto, en la única fuente posible de cambio político. Es este el caso único y extraordinario de un ejército colonial que había absorbido la filosofía política de su «atrasado» enemigo indígena, con objeto de llevar a cabo el cambio democrático en su propio país.

Puede que las condiciones que realmente engendraron la democracia en Grecia, España y Portugal fueran distintas. Ahora bien, todos ellos se beneficiaron de un elemento importante: la atmósfera democrática europea. Esta no era ya la Europa de los dictadores donde un Franco y un Salazar podía pretender ser perfectamente afines al espíritu de los tiempos. El peso mismo del anacronismo de las dictaduras dentro del marco liberal e integrador de la Comunidad Europea influyó de manera substancial en las nuevas democracias mediterráneas, del mismo modo que en la mayor parte de las regiones del Tercer Mundo —particularmente en África y América Latina— el medio, y en ocasiones también el papel desempeñado por la intervención extranjera, ha sido raramente propicio para la democracia liberal.

Quizá el aspecto más extraordinario del nacimiento de las nuevas democracias mediterráneas sea el hecho de que en las etapas más decisivas de la transición se prefiriera la política de consenso y moderación a la de confrontación y radicalismo. Para muchas personas de occidente, era como si ese Mediterráneo «volátil», «apasionado» e «impetuoso» de sus sueños románticos hubiera desaparecido incomprensiblemente. La aquiescencia a la democracia se fundamentaba, y de ello se fortalecía, en un compromiso de moderación que atrajo tanto a los enemigos como a los partidarios de la democracia, quedando excluidos del consenso sólo grupos insignificantes de disidentes maximalistas. El populismo y el radicalismo social hubieron de ser finalmente abandonados, o considerablemente reducidos, por los comunistas portugueses y los socialistas griegos por igual cuando amenazaron con quebrantar el delicado equilibrio democrático. Lo que dio un carácter muy vacilante a la democracia portuguesa en sus primeras fases fue la profunda sima que separaba a los oficiales radicales del MFA—principales agentes revolucionarios de la ruptura con el salazarismo— de los partidos políticos, más pragmáticos. Pero es que el caso portugués difería del español y el griego en un aspecto esencial. La democracia nació allí de la derrota y el colapso de una dictadura, de ahí que la filosofía que informó la transición en sus primeras etapas fuera de una total ruptura con el pasado. Por el contrario, España y, en menor grado, también Grecia, optaron por la política del consenso, por una ruptura pactada en virtud de la cual la mayoría de las instituciones estatales que habían servido a la dicta-

dura (el ejército, la burocracia) pudieron quedar también al servicio de la democracia; y se evitaron los castigos revanchistas a la vieja guardia autoritaria, frecuentemente a expensas del purismo y la dignidad democráticos.

Debido a la índole de «ruptura negociada y consensual» de las democracias española y griega, fue la derecha, y en el caso de España incluso las autoritarias criaturas mimadas del franquismo, las que dirigieron la transición. La UCD española estaba sin duda alguna lastrada por sus anteriores lealtades y su cultura política dictatorial. Este partido de «barones» carente de todo apoyo popular sólido, fue, no obstante, como la Nueva Democracia de Kara-manlis, decisivo a la hora de calmar los temores de los grupos de presión más afianzados dentro del ejército y la burocracia, que accedieron a una política formalmente democrática con la condición de que sólo se realizarían mínimos cambios substanciales. Sin embargo, tanto Suárez en España como Karamanlis en Grecia —dos líderes carismáticos que encarnaron el gradual apartamiento de sus respectivos países del legado de la dictadura, y le dieron legitimidad nacional— supieron sobreeser con valor la democracia cosmética de sus autoritarios mentores. Karamanlis y Suárez fueron gestores de la transición aceptables al ejército, que utilizaron su asombrosa popularidad para consolidar la democracia mediante una deliberada y equilibrada mezcla de cambio y continuidad. Ambos triunfaron porque en la particular encrucijada histórica en que se encontraban sus respectivos países ellos personificaron el miedo popular a una reacción militar en caso de una purga minuciosa —«Karamanlis o los tanques» decían en Grecia—, pero, al mismo tiempo, representaban las esperanzas del ejército y de la vieja burocracia, incluso la garantía, de que la democracia fuera un hecho ordenado y sin venganzas. Finalmente, resultaron ser los caballos de Troya que derribaron las ciudades de la dictadura y desmantelaron sus instituciones sin crear —como ocurrió en Portugal— una situación peligrosamente revolucionaria. El caso de España y Grecia —ambos países con una ominosa herencia histórica de dictaduras de derechas— demuestra que lo que los españoles llaman la «derecha civilizada», es decir, una derecha no fascista inequívocamente comprometida con la política parlamentaria, es indispensable para la consolidación de la democracia. La transición a la democracia en España y Grecia fue realmente fácil y pacífica, precisamente porque estuvo presidida por esta derecha. Este hecho neutralizó las posibilidades de involución por parte de la extrema derecha y, al ligar a las principales tendencias de la izquierda —por su parte una «izquierda civilizada», dispuesta a renunciar a la dramatización de la política nacional, no fuera a ser que volvieran los tanques a las calles— a una estrategia gradual, minimizó las posibilidades de un estallido revolucionario incontrolado.

Incluso en Portugal, el evangelio mesiánico de la revolución tuvo finalmente que ceder el paso a la moderación y el consenso democrático. De entre tanta confusión, nació una democracia europea en este enclave tercermundista de Europa occidental. El in-

**PARALELISMO
ENTRE
ESPAÑA Y
GRECIA**

**EL CASO
PORTUGUÉS**

**RETIRADA
DE LOS
MILITARES
DE LA
POLÍTICA**

tentó de reemplazar la dictadura salazarista con una dictadura marxista fracasó porque el pueblo portugués, que había desarrollado una incontenible aversión a toda clase de tiranías, lo rechazó y porque, como comprendió el propio Vasco Goncalvez, un país que formaba parte de Europa occidental no podía transformarse en una democracia popular sin la presencia de una fuerza de ocupación extranjera. No habiendo conseguido hacer popular su gobierno mediante lo que los socialistas moderados denominaron métodos de gobierno «salvajes y anarquistas» y toda una serie de medidas demagógicas —reducción de los precios, subidas salariales, etc.— el Presidente Costa Gomes, el Suárez y Karamanlis de Portugal, la voz presagiosa de la moderación y el compromiso, convenció a Goncalvez de que dimitiera. Su designación de un gobierno provisional, el 6 de septiembre de 1975, encabezado por el Almirante Pinhero de Azevedo, marcó el alejamiento de Portugal de la histeria revolucionaria y el utopismo en pro de una política racional. Portugal se había puesto finalmente a tono con el rumbo tomado por sus compañeros mediterráneos en su transición hacia la democracia. Gradualmente, fue evolucionando hacia una democracia bastante estable, cuyo electorado ha mostrado una acusada preferencia por las fuerzas políticas situadas en torno al centro, ese *juste milieu* eternamente posibilista.

La retirada de la política de los militares en las nuevas democracias mediterráneas fue uno de los rasgos decisivos de su «europeización». En Portugal, hubieron de salir de la política por la presión popular y por el peso mismo de su caótica actuación; en Grecia, tuvieron que volver a los cuarteles por su vergonzante derrota militar en Chipre. España fue un caso especial. Franco legó a sus sucesores un ejército autoritario y de derechas, no muy distinto del ejército de los coroneles en Grecia, imbuido de valores conservadores cristianos. Este ejército, una casta cerrada y que se auto-reproducía, se había defendido celosamente de los impactos de la modernización que habían transformado de modo tan radical las perspectivas y las actitudes de toda la sociedad española. A diferencia de los radicalizados cuerpos de oficiales portugueses que habían absorbido una filosofía radical en el transcurso de una guerra colonial sin sentido, la oficialidad española era un cuerpo profesional sin misiones exteriores que pudieran perturbar su visión de una España conservadora. Además, si la democracia fue en Grecia y Portugal consecuencia directa de una derrota militar, en España el franquismo se consideró, y se sigue considerando, como una era de prosperidad. Para los militares siguió siendo durante toda la transición a la democracia un modelo nuevo de unidad, progreso y orden que muchos deseaban llevar a la práctica política. Como el Reichswehr bajo Hitler, el ejército español bajo Franco era apolítico en el sentido de que se conformaba con dejar la política a su admirado comandante en jefe. Ahora bien, bajo la democracia, hubo importantes sectores del ejército que parecieron ansiosos de adoptar el papel de supremo moderador de la política nacional. Motivo por el cual, como en Grecia, cada paso tomado en la transición a la democracia ha tenido que ser sopesado por la élite política para asegurarse de que no excediera los límites de

reforma que el ejército estaba dispuesto a aceptar. Sin embargo, no obstante los modelos argentino y turco a los que los oficiales más duros hacían referencia con nostalgia, se fue haciendo cada vez más dudoso que el ejército quisiera asumir la responsabilidad de gobernar un país moderno. Además, los oficiales no tenían realmente motivo de queja en vista de la deferencia que mostraban los políticos hacia sus intereses profesionales. La defensa de los intereses corporativos del ejército ha sido casi invariablemente uno de los principales motivos que han informado los golpes militares. Las nuevas democracias, al no amenazar nunca verdaderamente con socavar las instituciones militares, han eliminado una importante razón de ser de la intervención militar. Como en los restantes aspectos relativos a la transición de la dictadura a la democracia, también en la delicada cuestión de la relación civil-militar la trayectoria del gradualismo y consenso emprendida por las nuevas democracias mediterráneas ha resultado ser decisiva para su consolidación.

Uno de los pre-requisitos esenciales para la estabilidad del ensayo democrático en la Europa meridional ha demostrado ser la actitud de la Iglesia. En ningún momento de la transición han desempeñado las iglesias mediterráneas el papel de enemigos de la modernidad y la democracia. El hecho de que éste fuera el papel positivo de la religión tradicional, da indicio del impresionante cambio de actitud experimentado por la Iglesia en la Europa del sur durante la última generación, haciéndose con ello más congruente con las tendencias generales de modernización de la sociedad.

La democracia fue posible en la Europa meridional no sólo por la derrota de la derecha apocalíptica, ni por haber quedado ésta diezmada a los acordes de la modernización, sino también gracias a la desaparición de la izquierda radical y mesiánica por los mismos motivos. Así pues, la aparición en la Europa mediterránea de un socialismo reformista con amplia base de clase media y el apoyo de grandes segmentos del proletariado avanzado, fueron indispensables para la consolidación de la democracia. Por tanto, el verdadero compañero de la «derecha civilizada» en la tarea de instaurar una democracia de orden en los tres países mediterráneos, fue un movimiento social-demócrata maduro y «europeizado». El socialismo de la Europa del sur había adolecido siempre de una falta de congruencia entre los principios avanzados de la ideología socialista y el arcaísmo estructural de la sociedad. Por ello, que quedara a la izquierda mesiánica —en especial al anarquismo— el mantenimiento del monopolio del radicalismo. El debilitamiento de la extrema izquierda en los años que precedieron la transición a la democracia, y la inaplicabilidad de sus soluciones maximalistas a las condiciones y necesidades prevalecientes en la transición, facilitó mucho a los socialistas el abandono de la ideología de la revolución y la adopción de una estrategia de legalidad e integración. El precio que hubieron de pagar por la democracia liberal fue una ostensible desradicalización. Así pues, el socialismo mediterráneo había dejado de ser una ideología de «principios»; la conquista de las libertades civiles y un sentido vago de justicia

**LA
ACTITUD
CLAVE DE
LA IGLESIA**

**EL
REFORMISMO
SOCIALISTA
EN ESPAÑA**

social pasaron a ser las cimas de sus expectativas. Era como si, una vez llegados al sur el capitalismo industrial y sus concomitantes cambios sociales y culturales, los socialistas de estos lugares no pudieran evitar unirse al estilo quintaesencialmente europeo de democracia liberal. La europeización de los socialistas mediterráneos resultó un elemento esencial para que pudieran acceder al poder en sociedades que habían desarrollado una inequívoca aversión a las tiranías de todos los colores posibles. Finalmente, la subida al poder de los socialistas sería la indispensable última etapa que hubieron de atravesar las democracias mediterráneas para alcanzar su senda hacia la consolidación y una amplia legitimidad popular. Sólo estando en el poder los enemigos históricos de la dictadura —es decir, los socialistas—, podía realmente ponerse a prueba la aceptación de la democracia por parte del ejército y la burocracia; sólo unos gobiernos libres de relación alguna con las dictaduras podían completar verdaderamente el proceso de transición a la democracia.

El reformismo del partido socialista español, mantenido también tras su llegada al poder en 1982, al igual que el de sus restantes compañeros mediterráneos, se fundamenta sobre una omnipresente idea de modernización, más que sobre una filosofía tradicional de reforma radical. Así pues, el gobierno socialista español introdujo reformas legales tales como la ley del aborto, intentó la difícil tarea de modernizar el arcaico sistema educativo de España, y reformó las fuerzas armadas en modos que no crearon malestar en el ejército. Pero rehuyó todo esfuerzo serio por embarcarse en costosos «experimentos» sociales al estilo de los socialistas franceses. Semejante estrategia era esencial para la legitimación de los gobiernos socialistas en países donde el deporte de defender a la comunidad frente al espectro del «comunismo» ha solido terminar en catástrofe. Los socialistas, al aceptar que la opción más inmediata de la actual generación política de Europa meridional se plantea entre dictadura y democracia y no entre socialismo radical y capitalismo, y al eliminar la alternativa revolucionaria, resultaron ser indispensables para la consolidación de una democracia burguesa.

Ello es aplicable incluso a Portugal, donde las lamentables condiciones sociales de las masas exigían una postura más radical. Como en España, los socialistas de Soares en Portugal, una vez en el poder, se convirtieron en administradores de una situación de crisis más que en reformadores sociales. Soares se hizo monetarista *malgré-lui*. Su gobierno, aunque logró un claro éxito en su modesta política de redistribución de la renta, se ha visto forzado a aplicar el programa de austeridad más drástico puesto en práctica #or ningún dirigente socialista occidental, en detrimento de los estratos más bajos de la sociedad. Sus brutales reducciones del gasto público revelaban la admisión socialista de que el puesto de Portugal dentro del orden económico y político de occidente imposibilitaba el socialismo de Estado. Este fue el precio que hubieron de pagar por la institucionalización de una democracia liberal en Portugal, un logro que fue en buena medida suyo.

De todos los partidos socialistas de la Europa del sur, el Pasok griego es probablemente el que menos se ajusta al nuevo «modelo» mediterráneo. Su atractivo estribaba en gran medida en su populismo, su demagogia antinorteamericana, y sus reivindicaciones de corte tercermundista de «independencia nacional» y socialismo purista. Para ilustrar la diferencia con los socialistas de España —un país donde las bases militares norteamericanas son cuestión importantísima de debate público—, recordemos que durante su proceso de transición ni el PSOE ni los comunistas intentaron en ningún momento capitalizar políticamente su oposición a «los caprichos estratégicos norteamericanos». La lógica del izquierdismo y el purismo del Pasok surgía no sólo del inferior estado de desarrollo socioeconómico de Grecia en comparación con, por ejemplo, España, sino del hecho de que, a diferencia de España y Portugal, los socialistas griegos no hubieran desempeñado papel alguno, y por tanto no tuvieran responsabilidad alguna, en las primeras y decisivas etapas de la transición a la democracia. Más que compañeros de Karamanlis, fueron desde un principio su oposición. El carisma nacionalista de Karamanlis hubo de ser combatido con el atractivo populista de Papandreu.

Pero, finalmente, las responsabilidades ministeriales y «la vida» obligaron al Pasok a rebajar sus primeras metas radical socialistas, haciéndose con ello más afín al tono general reformista del socialismo mediterráneo. Como sus dos equivalentes del sur de Europa, Pasok empezó a insistir en sus credenciales democráticas y en su anhelo de reforzar la causa de una democracia con orden, incluso si ello significaba, por ejemplo, frenar algunos de los derechos más preciados de la mitología socialista, como la libertad de huelga. Ahora bien, no deben pasarse por alto las realizaciones del Pasok como tal partido socialista. Su subida al poder a continuación de la quiebra de la Nueva Democracia de Karamanlis en 1981, marcó el comienzo de un período de reformas sociales y económicas para las clases sociales más bajas de Grecia. Sin embargo, sus altisonantes promesas de una radical transformación de la sociedad griega quedaron drásticamente lejanas de su materialización. La promesa del Pasok de un «intrépido encuentro con la historia» se vio impedida por el peso de un sector público que figura entre los mayores y más difíciles de manejar del mundo occidental. Inevitablemente, hubo de rebajar estas ambiciosas expectativas para adaptarse a la realidad. Papandreu, el político realista, acabó finalmente por vencer a Papandreu el soñador. En el congreso nacional de su partido de 1983, substituyó la retórica del «gran cambio» por la de «una etapa de transición». Finalmente, la izquierda griega, como sus otros dos equivalentes mediterráneos, había llegado a la conclusión de que el desafío de demoler las instituciones y la cultura política de una dictadura, y de crear una democracia estable y viable, fuerzan al límite la capacidad de una sola generación. Un exceso de decisiones históricas, como observara recientemente un político español, puede resultar peligrosamente indigestible.

¿Podemos, así pues, concluir que la Europa del sur se ha integrado al fin en los sistemas políticos y las formas de vida de Euro-

**EL PASOK,
UN
SOCIALISMO
DIFERENTE**

**LA
EUROPA
DEL SUR**

**AMÉRICA
LATINA Y
EL EJEMPLO
DE ESPAÑA**

pa occidental? La respuesta es por fuerza ambigua. Indudablemente, se pueden apreciar con claridad en las democracias mediterráneas algunas de las más importantes características institucionales de sus compañeras del norte. Todas ellas comparten los retos económicos y sociales de los nuevos tiempos. Las incertidumbres del mundo occidental son hoy las incertidumbres de la Europa meridional. Cada uno de los países europeos se enfrenta actualmente a la necesidad de superar los límites impuestos a su crecimiento por la crisis económica, así como los límites a la oposición que surgen de la elevación de la política del consenso a una especie de dogma nacional. La libertad personal está en todas partes limitada por el control burocrático; mientras que el bienestar del ciudadano se ve comprometido por unos servicios sanitarios inflacionarios e ineficaces, por no hablar de la contaminación y la amenaza de deshumanización que acompaña a la alta tecnología y a su majestad el ordenador.

Probablemente sea más fácil constituir las instituciones formales de una democracia que desarrollar una cultura política democrática tras largos años de dictadura sofocante.

Pero, al enumerar algunas de las debilidades comunes de las nuevas democracias mediterráneas, en modo alguno se pretende insinuar que estén condenadas al fracaso. Los extraordinarios, realmente impresionantes, éxitos de estas sociedades en la labor de superar el legado de dictaduras brutales sin caer en luchas intestinas ni en el caos político y económico, y el logro de haber levantado de la nada un sistema de partidos y unas medidas constitucionales viables fundadas en el diálogo y la transigencia, representan una gran promesa para el futuro.

No obstante la tragedia de Centroamérica, y los frecuentes reveses sufridos por las fuerzas democráticas en toda América Latina, son detectables ciertos procesos muy esperanzadores en las antiguas colonias de España, donde la aparición de nuevas fuerzas socio-políticas y el impacto del experimento democrático español van conformando gradualmente un nuevo consenso democrático. La España del siglo XIX no era precisamente un modelo edificante para sus colonias americanas. España, no exactamente la quinta-esencia del arte político, corrompió la vida política de sus colonias y el espíritu de sus clases dirigentes. Así es como Simón Bolívar, El Libertador, describía el efecto desmoralizante del dominio español:

«Las reliquias de la dominación española permanecerán largo tiempo antes que lleguemos a anonadarlas: el contagio del Despotismo ha impregnado nuestra atmósfera, y ni el fuego de la guerra, ni el específico de nuestras saludables Leyes han purificado el aire que respiramos. Nuestras manos ya están libres, y todavía nuestros corazones padecen de las dolencias de la servidumbre.»

La España del siglo XIX era una provincia política de Europa; Latinoamérica estaba condenada a ser provincia de una provincia. A diferencia de la sociedad norteamericana, que nació con y en medio de la Reforma y la Ilustración, Latinoamérica surgió entre

la Contrarreforma y el neoescolasticismo, es decir, a contrapelo del mundo moderno.

Con todo, y no obstante ser tan común y tan frecuente (¡n la historia latinoamericana, la dictadura ha sido siempre considerada como una interrupción ilegal y transitoria de la legalidad constitucional en la mayor parte de este continente. Las últimas décadas están presenciando un cambio apreciable en el sentido de que la supremacía de la democracia como tal concepto está traduciéndose en realidades más tangibles. Mientras España se aleja de su condición provincial, son cada día más las sociedades latinoamericanas dispuestas a considerarla como un modelo digno de emulación. No es solamente la fama personal del escritor peruano Mario Vargas Llosa lo que le ha llevado hacia la política democrática de su país, sino lo que él denominó el «encanto del modelo de Felipe González». España no exporta ya a sus hijas la influencia corruptora de «juntas» y «caudillos», sino la *transición*, un modelo único de transición a la democracia sin guerra civil ni intervención de espadones. Y no se debe subestimar el significado de este modelo para América del Sur. La oposición chilena lo ve como una vía válida para sacar a Chile de sus dificultades. No es improbable que fuera este mismo modelo el que impregnara el ambiente cuando el ejército entregó el poder pacíficamente a un gobierno civil en Perú (1980), Bolivia (1982), Uruguay (1984) y Brasil (1985). Se está perfilando una situación sin precedentes: por primera vez, el continente latinoamericano —con notables excepciones— es un continente democrático que no está desgarrado por generales fascistas de una parte e intelectuales de un marxismo vulgarizado de la otra. Pues en años recientes, siempre que se ha permitido a los pueblos de este continente expresarse en las urnas, invariablemente han llevado al poder gobiernos de centro-derecha o centro-izquierda.

¿Dónde está, nos preguntamos, ese legendario y volátil extremismo de la política latinoamericana?

La gradual democratización de la vida política de América Latina está estrechamente ligada a los cambios sociales y estructurales, algunos realmente impresionantes, que se están produciendo en todo este continente. En el pasado, los pueblos latinoamericanos eligieron la democracia porque creyeron equivocadamente que era la mejor vía hacia la modernización; hoy día, han ido comprendiendo progresivamente que la democracia es resultado de la modernización, y no el camino hacia ella. Hay algunas sociedades que van abandonando su categoría exclusivamente agraria para adoptar la de productoras y exportadoras de artículos manufacturados. El analfabetismo y la vida rural no son ya los únicos distintivos de las sociedades latinoamericanas.

El drama de América Latina ha surgido siempre de las debilidades de sus sociedades al enfrentarse a las instituciones legadas por el poder colonial: la Iglesia y el Ejército. Con la quiebra del poder colonial, los pueblos de Latinoamérica tuvieron que crear Estados nacionales de mayor o menor fragilidad. En Centroamérica, tanto el Estado como la sociedad adolecían de una debilidad y una invertebración inherentes, y de ahí el continuo fermento revo-

DEMOCRATIZACIÓN GRADUAL

lucionario. Una sociedad más firme es una vía posible hacia la estabilidad democrática. Es, por consiguiente, un proceso prometededor que estén empezando a surgir nuevos focos de poder social y político al margen de, y enfrentados a, las fuerzas tradicionales del legado colonial: Iglesia, Ejército y oligarquía. Actualmente, hay una serie de poderes nuevos —como son las influyentes asociaciones empresariales, los sindicatos, las ligas agrarias, las comunidades religiosas de base, la burocracia, los intelectuales, una clase incipiente de tecnócratas y las asociaciones femeninas— que están entrando en frecuente conflicto con unas instituciones anacrónicas.

EL CASO ARGENTINO

El caso de Argentina es un buen ejemplo: una sociedad civil avanzada, incluso sofisticada, enfrentada a un Estado débil en una dolorosa lucha por democratizarlo, y un ejército en exceso reacio a abandonar su papel de arbitro de la política nacional. El mandato de Alfonsín es un admirable ensayo de consolidación de la supremacía política de una sociedad mediante la superación de la tradicional tensión entre ésta y el Estado, una tensión que anteriormente había producido con frecuencia un vacío de poder y autoridad que el Ejército estaba más que dispuesto a llenar.

MÉXICO

En cuanto a México, ¿acabará este Estado thermidoriano, creado en 1929, por ceder el paso a las fuerzas vivas de la sociedad mexicana, para permitir mayor flexibilidad al sistema político de este país de vitalidad realmente asombrosa? A juzgar por sucesos recientes en el seno del PRI y fuera de él, ello no parece en modo alguno improbable. Carlos Salinas de Gortari será sin duda el próximo presidente mexicano. Pero también parece cierta la posibilidad de que las elecciones que se avecinan en México vayan a ser las que se decidan por el voto más reñido de la historia de esta nación. Las fuerzas de oposición de la índole del Partido de Acción Nacional de Manuel Clouthier, y el Frente Democrático Nacional de Cuahutemoc Cárdenas, así como la promesa de Salinas de celebrar las elecciones «más limpias» de la historia nacional, pueden ser el anuncio de una importante erosión del mítico monopolio del PRI sobre la política mexicana. Es posible que con el populismo religioso de Clouthier y su firme defensa de la humillada clase media en crisis, y con el intento algo anacrónico de Cárdenas de resucitar la ideología prístina de la revolución mexicana, México se esté aproximando al fin de la era del consenso obligado y la unanimidad ideológica en el aparato oficial del Estado.

BRASIL

Pese a constantes retrocesos e inconsistencias, la democracia va ganando terreno en todo el continente sudamericano. La nueva democracia de Brasil tienen consecuencias de enorme alcance. Brasil está destinado a ser una gran potencia; su conversión a la democracia puede contribuir a cambiar la historia de Latinoamérica. Se pueden apreciar otros síntomas prometedores en la continuada estabilidad de la democracia en Venezuela. Su legitimidad democrática parece ser tan fuerte como la de Costa Rica. Las recientes elecciones municipales de Colombia supusieron un golpe mortal para la tiranía local del caciquismo. Perú y Ecuador, Boli-

via y Uruguay se han lanzado también en años recientes hacia una trayectoria prometedora en la cual es posible que los grandes desafíos de sus sociedades cristalicen en soluciones democráticas.

Más aún; los planes de paz que están elaborando los países de América Central para esta agitada región —en gran parte bajo el liderazgo de su joven premio Nobel, el presidente de Costa Rica— parecen poner de manifiesto que por primera vez en muchas generaciones el continente hispánico está intentando seriamente construir su futuro sin intervención extranjera. ¿No será el viejo sueño del Conde de Aranda, primer ministro del más ilustrado de los reyes españoles, Carlos III, que al fin se hace realidad? El Conde de Aranda hablaba de una comunidad hispánica de naciones que combatiera lo que él consideraba el monopolio anglosajón sobre la vida latinoamericana. Este sueño no ha llegado todavía a materializarse del todo. Pero las frecuentes iniciativas comunes, como las de Contadora, Cartagena, el Pacto Andino, Acapulco (donde se reunieron ocho presidentes democráticos que representaban a tres cuartas partes de la población del continente, en una manifestación de independencia de Estados Unidos), y Esquipulas, demuestran que es un ideal vivo y que posiblemente esté prosperando. La aparición de la *commonwealth* hispánica puede resultar ser un subproducto inevitable de la conformación de un mundo multi-polar, un mundo post-Yalta donde el monopolio de las dos super-potencias sobre la política internacional y la economía mundial quede superado por nuevas comunidades políticas y económicas de naciones. Porque, acaso pueda apreciarse un indicio del descenso de la influencia norteamericana en Sudamérica en la drástica reducción de inversiones norteamericanas en dicha región: de un 70 % en la década de los años sesenta, a un 30 % en la de los ochenta. Alemania, Japón, Francia y, por primera vez, España, están imponiéndose gradualmente como factores económicos más importantes de la zona. Ello es considerado por muchos latinoamericanos como un paso significativo en el largo proceso de liberación de su desproporcionada dependencia del Coloso. Es posible que la fuerza cada vez mayor de la política latinoamericana independiente y la liberación de energías socio-culturales en esta región induzcan a Estados Unidos a redefinir sus posturas tradicionales hacia sus vecinos del sur. Democracia e independencia pueden ser términos sinónimos; por consiguiente, la primera quedará más firmemente consolidada cuando el continente deje de ser tablero de juego de las grandes potencias. Una alianza efectiva con las naciones democráticas de Latinoamérica es una de las formas de cambiar el destino de sus pueblos. Otra es comprender que Estados Unidos no es el origen de los infortunios de sus vecinos del sur, aunque posiblemente sí sea responsable de haber explotado sus desgracias. Es ésta una reflexión triste, dado que se trata de un país que fue fuente de inspiración para los padres de la independencia de América Latina.

«Claro que tenemos una frontera común con Estados Unidos, y la influencia norteamericana sigue siendo decisiva en Sudamérica», afirmaba recientemente el escritor mexicano Carlos Fuentes, a lo cual añadía retóricamente, «¿pero quién teme más esta vecin-

***EL SUEÑO DEL
CONDE DE
ARANDA***

***LA TODAVÍA
DECISIVA
INFLUENCIA
ÑOR TEAMERICANA***

**NUEVAS
FUERZAS
POLÍTICAS
Y
SOCIALES**

dad, ellos o nosotros?» Preocupados e inquietos como sin duda están ante el volcánico potencial del Sur, es de esperar que los norteamericanos reconozcan también sus propias faltas y, junto al resto del mundo democrático, aclamen con generosidad los prometedores avances de la democracia en Latinoamérica. El espíritu hispanoamericano que se está configurando no es necesariamente antinorteamericano; es una afirmación del valor de las tradiciones nacionales en la construcción de un futuro democrático. El hecho de que Argentina, un país tradicionalmente orientado hacia Europa (mantenía centros culturales casi exclusivamente en el viejo continente), haya alterado casi del todo su énfasis cultural enfocándolo hacia España y sus vecinos latinoamericanos es un indicio significativo de la consolidación de dicho espíritu hispanoamericano en años recientes.

Porque no es sólo la política lo que está cambiando en Latinoamérica; se están afirmando nuevas fuerzas económicas y sociales. Las letras y el pensamiento hispánicos están pasando por un período de plenitud. El poeta y escritor mexicano Octavio Paz no puede haberse equivocado del todo o haber pecado de presuntuoso cuando acusó a los intelectuales europeos y americanos de provincianismo y estrechez de miras. La auténtica literatura universal, dijo, se está haciendo ahora en español. Carlos Fuentes, Octavio Paz, Vargas Llosa, Gabriel García Márquez y Camilo José Cela son autores universales de nuestra generación. Es un error hablar de Latinoamérica en términos de «Tercer Mundo» o «sub-desarrollo». Si es verdad que en ocasiones pueden aplicarse semejantes conceptos a su economía y su tecnología, son inadmisibles cuando se refieren a las artes, la literatura, la moral o la política. ¿Qué comparación posible existe entre Argentina y Angola, Tailandia y Costa Rica, entre Túnez y Brasil?

Ante todo, y ello es aplicable tanto a las sociedades mediterráneas como a las latinoamericanas, es preciso recordar que sean cuales fueren las debilidades e inconsistencias de una democracia, su verdadera puesta a prueba no estriba en si responde o no a los conceptos abstractos y los juicios absolutos que puedan aventurar historiadores y expertos en ciencia política, sino en qué medida las aspiraciones de sus pueblos y sus problemas nacionales son susceptibles de recibir soluciones que les permitan vivir con dignidad y libertad. El mejor régimen, recordando los comentarios de Aristóteles sobre esta cuestión, no es el que llega a extremos con objeto de aplicar sus principios teóricos. Por el contrario, es aquel régimen que los modifica para que sean viables y puedan resistir tanto los intentos de destruirlos como las vicisitudes de la fortuna. El verdadero tema de la ciencia política, según Aristóteles, es la seguridad (*aspháleia*); y la virtud de los regímenes no radica en su grado de pureza sino en su prolongación y conservación. La mayor parte de los arquitectos de las recientes transiciones a la democracia en la Europa del sur, y probablemente también algunos jefes de las democracias occidentales, no encontrarán gran dificultad en adoptar el análisis final de Aristóteles sobre la forma ideal de gobierno en su *Política* (Libro VI, Capítulo 11):

«Consideremos ahora cuál es la mejor forma de gobierno y cuál es la mejor clase de vida para la mayoría de las ciudades y para la mayoría de los hombres, sin asumir un nivel de sociedad que esté por encima de personas ordinarias, ni una educación que requiera condiciones afortunadas de naturaleza y recursos, ni un régimen a medida de todos los deseos, sino una clase de vida tal que pueda participar de ella la mayoría de los hombres y un régimen que esté al alcance de la mayoría de las ciudades.»

O acaso prefiramos concluir este trabajo con una apreciación más coetánea que entraña el mismo mensaje de relatividad. En su obra *La Soledad de América Latina*, el colombiano Gabriel García Márquez dice:

«Es comprensible que insistan en medirnos con la misma vara con que se miden a sí mismos, sin recordar que los estragos de la vida no son iguales para todos, y que la búsqueda de la identidad propia es tan ardua y sangrienta para nosotros como lo fue para ellos. La interpretación de nuestra realidad con esquemas ajenos sólo contribuye a hacernos cada vez más desconocidos, cada vez menos libres, cada vez más solitarios.»